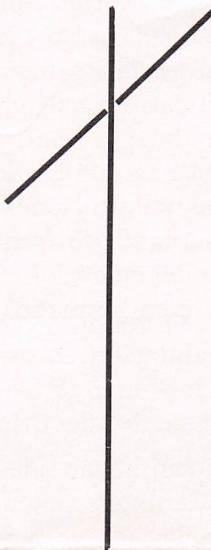




**Colegio Salesiano**  
**N.ª Sra. del Carmen**

**Utrera, 30 abril 1971**



Querido hermano:

A la distancia de cuatro semanas y sobrecogido aún por el acontecimiento, te informo sobre la muerte del sacerdote de esta Comunidad

**D. José María Campoy Sedeño**

Durante los días 11, 12, 13 y 14 de marzo había predicado a la Cofradía del Nazareno y Virgen del Mayor Dolor, en Puerto Real; en los días del 22 al 25 dio Ejercicios Espirituales en el Colegio de las Hijas de María Auxiliadora, de Jerez; y el sábado día 27 salía para Santisteban del Puerto (Jaén), en donde por la noche comenzaba un Septenario a Ntra. Sra. de los Dolores, a la que, con motivo de la Bendición de su imagen y fundación de la Hermandad, había predicado hace 25 años.

Pasó unos días tranquilos y pudo visitar, acompañado de unos amigos y antiguos alumnos salesianos, los Colegios nuestros de Ubeda y Linares. El Viernes de Dolores, 2 de abril, último del septenario, prolongó media hora más de lo acostumbrado su actuación en la cátedra sagrada, animando a los cofrades en conjunto y a cada uno de los miembros de la Junta, en su empeño con la vida de la Cofradía.

A la mañana siguiente, día 3, celebró la Santa Misa y estuvo en el confesonario, durante una media hora, con un joven que era verdadera cruz para sus padres. Volvió a casa de la familia Páez Salas, en donde estaba alojado, con objeto de desayunar y despedirse. En ese momento le esperaba el Señor en llamada definitiva. Se sintió mal; un colapso cardíaco. Acudieron en su ayuda y, mientras unos le metían en la cama, otros acudieron en busca del Sr. Cura y del Doctor, que corrían ambos presurosos. El médico le atendió, pero él quiso quedar solo con el sacerdote y recibió piadosamente el sacramento de la Penitencia. Luego fue perdiendo el uso de los sentidos y así permaneció, en estado de inconsciencia, durante dos horas. Tuvo finalmente una media hora de plena lucidez, durante la cual recibió la Sagrada Unción de los enfermos. Luego cesaron tranquilamente las palpitaciones cardíacas y el médico, que no le había dejado un momento, prodigándole todas las atenciones del caso, le cerró emocionado los ojos. Así pasó de este mundo a la eternidad nuestro buen hermano.

La habitación en que murió estaba presidida por dos imágenes salesianas —una de María Auxiliadora y otra de San Juan Bosco— y por un cuadro del Cristo de Velázquez y otro del Pontífice Pío XII.

Murió en hogar salesiano. El cabeza de familia, don Manuel Páez Salas, es antiguo alumno de este colegio y de la Residencia Universitaria Salesiana de Sevilla; su señora era alumna de un colegio de Granada, al que el Padre Campoy iba a celebrar la Eucaristía en sus años de estancia en aquella ciudad. El padre de don Manuel, don Manuel Páez Carral, también fue alumno de este Colegio, y, detalle de su amor a los salesianos, al llegar el momento de llevar a su hijo al colegio, residiendo en Madrid y próximo a un colegio de religiosos, quiso traerlo al que fue mansión y escuela de formación de su adolescencia. Por eso, a pesar de la desgracia, ha considerado esta muerte dentro del propio hogar, como una bendición del cielo y una muestra de que su hogar es un hogar cristiano y una casa salesiana.

La madre y la esposa de don Manuel Páez Salas, doña Marina y doña Aurora, fueron la madre y la hermana buenas que no abandonaron un momento la cabecera del moribundo, sugiriéndole jaculatorias —«Sagrado Corazón, en Vos confío», «María Auxiliadora, ruega por mí»— y haciéndole la recomendación del alma.

Detalle de esta muerte «preciosa en las manos del Señor», fue el del pequeño Jacinto, niño de 6 años, que estaba cogido de la mano de Don José en el momento del colapso cardíaco, y que se mostró tan valiente que no abandonó la habitación mortuoria hasta después del fallecimiento. Cómo matiza el Señor, en el dolor y en las delicadezas, la vida de los tuyos.

Don Juan y don Marcial, párroco y coadjutor del pueblo, amor-

tajaron con verdadero afecto el cuerpo del difunto, y en seguida se instaló en capilla ardiente, con numerosas visitas de los habitantes del pueblo, consternados ante el luctuoso hecho y sobrecoyidos de piedad, manifestando deseos fervientes de que los restos del Padre, que había predicado en tres ocasiones distintas a su Virgen Dolorosa y otra a la Patrona, Ntra. Sra. del Collado, reposaran en el cementerio de la localidad.

El Señor bendiga a todas estas personas por su piedad, su bondad y sus muestras de condolencia.

La noticia del fallecimiento llegó rápidamente a nuestros Colegios cercanos de Ubeda, Linares y Siles, a los hermanos del difunto, en Córdoba, Málaga, Madrid y Barcelona, y a nuestra Comunidad. El Padre Inspector de Córdoba, D. Antonio Altarejos, de visita en aquellos contornos, se presentó en seguida y, conforme al deseo de nuestra Comunidad, preparó el traslado de los restos a ésta y los acompañó hasta Córdoba, en donde esperábamos tres salesianos de nuestra Comunidad.

La mañana del Domingo de Ramos, la sala de Comunidad estaba convertida en capilla ardiente, y fueron innumerables las muestras de condolencia y las manifestaciones de pesar que recibimos y presenciamos, tanto de personas de la ciudad, como de Sevilla y localidades cercanas. La noticia, como la muerte, había corrido rápida.

Por la tarde se celebró la Misa de «corpore insepulto» —concelebración de trece sacerdotes salesianos de distintas comunidades—, con asistencia de todos los hermanos del difunto, de los Padres Inspectores de Sevilla y Córdoba, de numerosos salesianos, de la Madre Inspector de las Hijas de María Auxiliadora y salesianas, comunidades religiosas de la ciudad y numerosísimo público que abarrotaba la amplia basílica de María Auxiliadora, público constituido en gran parte por alumnos mayores del Colegio —externos e internos llegados de casa, en donde estaban de vacaciones— y antiguos alumnos jóvenes. Casi todos acompañaron al cementerio los restos mortales, que iban amortajados con los ornamentos azules, los ornamentos de su ordenación sacerdotal, y símbolo de su acendrado amor a la Virgen. Hasta en estos sencillos deseos de su vida, tuvo satisfacción cumplida. El Señor sea bendito y lo tenga en su gloria. No puedo menos de manifestar mis sentimientos de gratitud a todas las personas que nos acompañaron, en especial al Padre Inspector de Córdoba y a las Comunidades de Ubeda y de Córdoba, y hacerlo en nombre de los hermanos de la Comunidad, a los que el Señor bendice, sin duda, por su ejemplaridad, su entrega generosa y su amor, que sabe unirse en el trabajo y sabe llorarse en las desgracias.

Don José María había nacido en Málaga, el 24 de marzo (Jueves Santo) de 1910. A los once años ingresó en el colegio de aquella ciu-

dad; cursó la primera enseñanza y D. José Monserrat le llevó, como aspirante, a nuestra Casa de Cádiz, en donde cursó cuatro de humanidades, de 1922 al 26, recibiendo en los albores del Noviciado palabras proféticas y consoladoras del siervo de Dios D. Felipe Rinaldi.

El noviciado lo hizo en San José del Valle, y su primera profesión religiosa, el 8 de septiembre (Natividad de la Virgen) de 1927. Cursó dos años de Filosofía y Magisterio en San José del Valle, e inició su vida de apostolado en Sevilla-Trinidad durante los años de 1929-1933. En octubre de este último año comienza en Carabanchel Alto (Madrid) los estudios teológicos, y en abril de 1935 hace allí mismo su profesión perpetua. El último año de Teología lo cursa en San José del Valle (Cádiz) y recibe la ordenación sacerdotal en Sevilla, de manos del Cardenal Ilundain, el 22 de mayo de 1937.

A lo largo de su vida sacerdotal desempeñó misión salesiana en Sevilla-Trinidad, como Maestro, el 1937-38; en Cádiz, como Consejero, el 1938-39; en Sevilla-Trinidad, como Maestro de Primaria, Encargado de Prensa y Propaganda, Secretario Inspectorial de Compañías Religiosas y Encargado de la Primaria, durante los años 1939-1945; de 1945-47 en Granada, como iniciador y primer Director de aquella obra (hasta su muerte ha guardado aquella Obediencia de los Superiores, que se ha remitido para el archivo de la Casa); de 1947-48 en Algeciras, coadjutor de la parroquia del Carmen; de 1948-52 en Córdoba, como Encargado de la Primaria gratuita; de 1952-53 en Málaga, también Encargado de Primaria; de 1953-55 en Sevilla-Residencia Universitaria, como Asistente; de 1955-57 en Sevilla-Trinidad, como Consiliario Regional de AA. AA. Salesianos; de 1957-58 en Jerez-Hogar, como Consejero; de 1958-61 en Puerto Real, como Maestro y Asistente; de 1961-64 en Arcos de la Frontera, como Maestro y Asistente, y luego Catequista; de 1964-65 en Carmona, como Catequista; de 1965-71 en Utrera, como Secretario, Profesor y Consiliario de AA. AA. y de la Archicofradía de María Auxiliadora.

El «curriculum vitae» es bastante expresivo de la movilidad de residencia y ocupaciones que hubo en su vida, sobre todo a partir de su estancia en Granada, que fue el principio de un calvario, cuyas espinas conocieron a fondo los llorados D. Florencio Sánchez y D. Francisco de la Hoz, y también D. Felipe Palomino.

Siendo aspirante en Cádiz, preguntaba nuestro hermano a D. Rinaldi si llegaría a ser sacerdote. La respuesta fue afirmativa, pero acompañada de unas palabras que el padre Campoy no llegó a desentrañar totalmente hasta hace unos meses: «Sí, serás sacerdote; harás mucho bien y sufrirás mucho; octo, octo, octo». En efecto, fue sacerdote e hizo mucho bien; también se pasó ocho, más ocho, más ocho años de calvario (responden los tres números a tres etapas sucesivas de calvario distinto) que comenzó en Granada y siguió

con trastornos cerebrales e insuficiencias cardíacas hasta el día de su muerte. Era yo joven clérigo en los comienzos de la Casa de Granada, y por cuestiones de exámenes pasé unos días con el Padre Campoy. Se organizó una velada al aire libre con los niños del Oratorio. Asistían personas amigas de la Obra Salesiana y, al final, ya comenzaba a oscurecer, y como obsequio de esos señores, los niños iban recibiendo un puñado de caramelos. Cuál no sería mi sorpresa —me encontraba en la puerta ordenando la salida— al ver cómo apenas llegaban los chicos a la esquina, se volvían y, enfadados, tiraban a mis pies los caramelos, diciendo que estaban envenenados. Esta fue la primera espina terriblemente punzante de nuestro D. José, y de la que fui testigo. Detrás siguieron otras muchas, que él supo soportar con alegría salesiana, aunque con quebrantamiento de su salud y merma de horizontes para sus bien conocidas cualidades de apóstol.

Deseo ahora destacar algunos aspectos positivos de su vida.

Fue un hombre de gran simpatía, y simpatía arrolladora hacia el bien, que le hizo ser delicado y atento con toda clase de personas, aun con aquellas de las que no recibió un trato conveniente.

D. Florencio Sánchez, que supo valorar las cualidades con que el Señor le había dotado y le ofreció oportunidades para el desarrollo de las mismas, al cesar como Inspector, se mostraba agradecido y le decía: «He de agradecerle en esta hora las delicadezas que ha tenido conmigo a lo largo de estos siete años, algunas de ellas que no podré olvidar nunca, como aquellas de proporcionarme, a altas horas de la noche, las merendillas que suplían mi cena cuando regresaba tarde a dormir».

Fue un hombre humilde y obediente, contra toda otra apariencia. En sus escritos de hace seis años se reflejan grandemente estas virtudes en medio de unas luchas terribles por la incomprensión de alguno de sus Superiores. D. Antonio Calero, vocación de sus años en las Escuelas de la Santísima Trinidad de Sevilla y afortunadamente presente en la tarde del sepelio, le manifestaba con sinceridad en reciente ocasión: «No sabe la fuerza que me da su ejemplo: un hombre de grandísimas posibilidades humanas y sobrenaturales, reducido a la más absoluta impotencia... Aunque no lo crea, su ejemplo me ayuda a ser profundamente humilde».

«Ante el Santísimo Sacramento —decía D. José en los Ejercicios Espirituales de 1965— hemos rezado las Letanías de la humildad. Todavía me cuesta rezarlas. Es duro pedir esas cosas, después de haberlas experimentado largos años... Pero las recé con fervor y verdad. Hace años las rezaba. Las dejé; le cogí miedo».

Fue apóstol de la Buena Prensa. Fundó la revista «VEN Y SIGUEME», que apareció el 1 de mayo de 1938, cubriendo el hueco

que había dejado con nuestra guerra la desaparición de «El Oratorio Festivo» de Barcelona y en la que se dio a conocer con las firmas de Joselillo y El duende de la Giralda. La hoja «Exalumnos» de la Trinidad, «Catecismo» de Sevilla y «Auxilium» de Utrera fueron vehículos de su quehacer apostólico con la pluma.

Fue *apóstol de las vocaciones*. Los pueblos de Sevilla, Huelva y Cádiz saben de sus muchos sacrificios en este aspecto. Durante los años de 1957 a 1963 realizó seis campañas vocacionales por los pueblos de estas provincias. Eran momentos de grandes sacrificios, exigidos por la incomprendición de unos, recelos de otros, el calor de la estación veraniega, la predicación de la palabra divina y el apostolado del consejo al margen de la confesión, que no podía administrar. Conservaba la lista de las vocaciones reclutadas año por año, con las incidencias habidas en los años posteriores de formación.

El 1 de julio de 1962 celebró sus Bodas de Plata Sacerdotales. Con tal motivo preparó la última de esas campañas vocacionales. «Al celebrar ahora la Misa de mis Bodas de Plata con el Sacerdocio —decía—, pienso en ti, jovencito desconocido, y pido a Dios que tengo en mis manos, que también tú tengas la suerte de ser ¡sacerdote! Si cae en tu alma la semilla de la vocación sacerdotal, escríbeme una cartita cuanto antes. La espero con gran ilusión. Será el mejor regalo que el cielo me envíe en el 25 aniversario de mi ordenación sacerdotal». Precisamente en la fiesta de San Juan Bosco de este mismo año, recibía una carta en este sentido de un joven que había terminado sus estudios en este Colegio el curso pasado.

Fue *un hombre de vocación salesiana*. Amó tremadamente a la Congregación. De ella lo recibió todo ciertamente, pero se lo devolvió con creces. Haciendo el noviciado, un día con lágrimas en los ojos decía a su compañero Evaristo Sánchez, conocedor profundo de su alma, amigo de verdad y que hoy se le cree deudor de su perseverancia en la vocación salesiana: «Evaristo, le he dicho al Padre Maestro que, si alguna vez le digo que no me siento con fuerzas para seguir, me tome por loco y no me dé crédito».

En los años duros de su vida se le hicieron ofrecimientos halagadores para desarrollar el apostolado, conforme a sus cualidades, en una diócesis, y sin embargo permaneció fiel a su vocación en la oscuridad y en la abnegación del sacrificio, y así lo reconocía con palabras expresivas nuestro queridísimo D. Ricceri, con motivo del Congreso de Cooperadores celebrado en Roma en 1957: «Vedo con tanta giogia il tuo attaccamento alla vocazione salesiana».

Fue *un apóstol del Oratorio Festivo*. Cuánto saben de esto los hombres de hoy, niños en los años de 1930 a 1945, que rondaban por la Trinidad en aquellas barriadas extremas de la Sevilla de entonces. También los pueblos de la Sierra de Aracena se beneficiaron

de este quehacer apostólico en los años de las Colonias escolares veraniegas y del que se ha hecho eco la prensa ovetense a la muerte del llorado hermano.

Fue un gran patriota. En su cartera aparecía, como preciado emblema, un trozo de bandera española junto con un recorte de «El Correo de Andalucía» del 15 de agosto de 1936, que titulaba «¡Viva España! Ha sido restablecida la bandera».

Amó a los *Antiguos Alumnos*, con los que derrochó lo mejor de su vida y de los que siempre recibió grandes alegrías. Impulsó siempre que pudo las tradiciones religiosas regionales —*Hermandades y Cofradías*—, inyectándoles optimismo y orientándolas en su renovación. Cuánto saben de ésto las Hermanadas de Santisteban del Puerto, de Puerto Real, del Sagrado Decreto de la Trinidad (Sevilla), del Cristo de la Buena Muerte de Utrera, y de la Borriquita de Arcos de la Frontera, cuya existencia se debe a sus desvelos.

Se desveló por la atención a las *Hijas de María Auxiliadora*, hasta tal punto que la Madre Elba Bonomi, actualmente miembro del Consejo Generalicio, le manifestaba su agradecimiento en el curso pasado «per l'asistenza spirituale che presta tanto generosamente alle mie sorelle... e per la constante fedeltá a Don Bosco».

Fue un religioso de profunda espiritualidad, basada en el Sagrario y en el amor a María Auxiliadora. «Hay que llegar a aburrirse —decía— ante el Sagrario. Entonces será cuando se empezará a sentir el amor de Dios». De su amor a María Auxiliadora serían interminables las manifestaciones. A veces perdía el control de sus nervios cuando presentía alguna desviación en este sentido. Prueba de su amor a la Virgen son las palabras que le dirigía un joven salesiano, felicitándole, en la fiesta de San José de este mismo año: «No olvido ese amor a María Auxiliadora tan contagioso que Vd. tiene»; y también la fotografía que aparece en la cabeza de la mortuoria.

¿Qué más te puedo decir de este hermano?... ¿De sus veranos de apostolado en las Parroquias sustituyendo a Párrocos enfermos o convalecientes?

Me resulta imposible continuar. Yo apreciaba y quería a este hermano. Sabía directamente de sus interioridades y él conocía mis miserias. No puedo olvidar su bondad y su consejo en el Sacramento de la Confesión.

Me comunicaba un hermano que, si escribía la mortuoria, no dejase de consignar que pueden invocarle con seguridad de que se encuentra en el cielo. Sé que hay personas que así lo hacen. No por eso dejo de encomendarlo a Dios y de pedirte una oración y un sacrificio por su alma, ya que los misterios de las almas y los designios de Dios nos son desconocidos.

El Padre Campoy estaba preparado para morir. Lo presentía fuertemente.

Termino, con unas palabras del difunto, escritas hace seis años, que son una invitación a la inmolación efectiva de nuestra consagración a Dios :

«¡ Me humillo ante Ti y sufro una vez más la incomprendición de los Superiores. Paciencia. Quiero cumplir tu santa voluntad. Bendigo la mano que me golpea tanto. No sé de quién será. Seguiré fiel hasta la muerte llevando la cruz. Ella será mi gloria arriba. Troncharon mi apostolado; pero no quiero que tronchen mi amor callado y sufrido a Ti. Me estás llevando por caminos de cruz desde hace muchos años. Bendito seas, Señor. Dame fuerzas».

Con un abrazo y una oración mútua, tuyo en Xto.

TEODORO NIETO.

Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Sac. JOSÉ MARÍA CAMPOY SEDEÑO, nacido en Málaga, el 24 de marzo de 1910, muerto en Santisteban del Puerto (Jaén), el 3 de abril de 1971, a los 61 años de edad, 43 de profesión, 33 de sacerdocio y 1 de Director.